

REPERTORIO AMERICANO

San José, Costa Rica

1925

Lunes 19 de Enero

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *La vuelta al Perú*, *El Mensaje de Caracas a la Ciudad de los Reyes*, *La lección de Ayacucho*, por Manuel Díaz Rodríguez.—*Epitafio*, por Froylán Turcios.—*Calendario*.—*Influencia de la literatura francesa en Bolivia*, por Franz Tamayo.—*A la Juventud Universitaria de Ibero-América*, por Alfredo L. Palacios.—*Campo de flores*, por Xavier Icaza.—*Militarismo chileno*, por José Vasconcelos.—*Unas manos*, *Alejamiento*, por Clara Diana.—*Azorín en la Academia*, por E. Gómez de Baquero.—*Reflexiones*, por Rafael Altamira.—*A . . .*, por Aziyadé.—*El nuevo Ayacucho* (concluye), por Edwin Elmore.—*La hora que pasa*, por Blanca Milanés.—*España y América*, por Luis Bello.—*Dos poesías* de Carlos Luis Sáenz.—*Salón de Otoño*, por Eugenio D'Ors.—*Se alejan . . .*, por Flor de Luna.

Del primer Centenario de Ayacucho

Tres artículos de Manuel Díaz-Rodríguez.

La vuelta al Perú

NUNQUE ella no hubiese nunca salido de sus fronteras, para ir de extremo a extremo de la América del Sur a luchar tenaz y bravamente por la independencia americana, en dondequiera que en América se hable de independencia, ahí tendría siempre Venezuela un señalado puesto de honor.

En parte alguna fué tan grande ni tan cruento el sacrificio. «Al bien de la independencia hemos sacrificado todos los demás bienes», confesará un día el Libertador con insondable amargura. Sólo en Costa-firme, esto es, en Venezuela y Nueva Granada, se vieron los patriotas frente a verdaderos y aguerridos ejércitos europeos. Y sólo en Venezuela desató la guerra a muerte sus furias ebrias de exterminio y de sangre. De los Andes al Orinoco se libraron más batallas que en todas las demás naciones americanas juntas, de México a Chile. Emulando al Orinoco, padre de nuestros ríos, corrió de los Llanos al mar otro Orinoco de púrpura. Y así como la sangre corrió también la riqueza. Mientras la base social proveniente de la colonia, o más bien la célula social de la futura clase directora, sucumbía con la flor de las familias patricias en oscuros campos de batalla, la base económica de la nacionalidad futura desaparecía también en las fauces rojas e insaciables de la guerra. Lo mejor de la sangre y toda la riqueza fueron la *ración del boá*. Venezuela, colonia pobre antes del 19 de abril, después de Carabobo apareció miserable y desnuda como una sierva. Y miserable y desnuda habría quedado a los ojos de la posteridad, si misericordiosamente las grandes proezas y los pensamientos geniales de algunos de sus hijos no la hubiesen vestido para siempre de gloria.

Si ya por su solo esfuerzo individual ella tiene

derecho a un puesto de honor en dondequiera se recuerde o celebre la independencia, con más razón lo tiene en el caso de la independencia peruana que, merced a la espada de Ayacucho, representa para todas las naciones de nuestra América la independencia definitiva.

Ninguna, y Venezuela menos que ninguna, podía dejar de concurrir con su voz al coro jubiloso con que el Perú se dispone a festejar el centenario de su independencia. Si ella no ha sido hoy de las primeras en llegar a la hora del regocijo, a ella le basta recordar que tampoco fué de las últimas en llegar a la hora de la pena. Por los mismos días de Casacoima, cuando Venezuela se hallaba muy lejos de recobrar su independencia y señoreaban incontrastables el Perú las armas realistas, había al menos una mente venezolana ocupada en el pensamiento de la independencia del Perú. Desde Barcelona, en enero de 1817, escribía el Libertador a sus compañeros de armas: «¿Pero hecho esto no volverán ustedes a romper los grillos de los otros hermanos que sufren la tiranía enemiga? Sí, ustedes volarán conmigo hasta el rico Perú; nuestros destinos nos llaman a las extremidades del mundo americano. Para hombres tan valerosos, fieles y constantes, nada es imposible. Que el universo nos contemple con admiración, tanto por nuestros desastres como por nuestro heroísmo! La fortuna no debe luchar vencedora contra aquellos a quienes la muerte no intimida, ni la vida tiene precio sino en tanto que es gloriosa».

Y mucho antes que Sucre y Bolívar, al frente del ejército de Colombia, pisaran la tierra de los incas, ya Venezuela se batía por la independencia del Perú en la figura de aquellos hombres del *Numancia*, en su mayor parte nativos del occidente de Venezuela, soldados de Barquisimeto, de Mérida y Barinas, comandados por el guayanés Tomás de Heres, que

habían recorrido y marcado con su bravura y audacia la América bajo las banderas del Rey y ahora abrazaban la causa patriota en el mismo instante en que lo hacían los Gutiérrez de la Fuente, los Gamarra y los Santa Cruz, los próceres futuros de la patria peruana. Incorporados al ejército argentino-chileno, entraron con San Martín a Lima y al Callao y participaron de las victorias y los reveses de esa primera campaña libertadora que, empezada bajo muy felices auspicios, acabaría en la derrota y el infortunio.

Sólo a Bolívar y a Sucre tenía deparado la suerte el llevar a buen término la campaña definitiva, la verdadera campaña libertadora. Parece como si en ambos el genio, al ponerse en contacto con la tierra del sol, se hubiese exaltado y multiplicado. No habían ido a buscar al Perú, según la frase de Bolívar, sino fraternidad y gloria, y cumbres de gloria dejaron, rivales de las cumbres andinas, en Junín y Ayacucho.

Tal fué en la hora de la pena.

Hoy, Venezuela vuelve al Perú en la hora del regocijo. Abrumada bajo el peso de sus grandes recuerdos, la acompañan y escudan sus grandes sombras. Bajo la augusta sombra de Colombia, la grande, ellas colmarán con su presencia la vela de armas de Ayacucho.

Un poeta brasileño vislumbraba una vez el fantasma del Libertador, yendo y viniendo sobre los altos picos de la Cordillera; del Avila al Potosí, como un buen piloto que, apercibido a huracanes y borrascas, y escudriñando el horizonte, no abandonase nunca el puente de su nave. Pero, en la ocasión yo me lo represento más bien como él se representa a sí mismo en cierto pasaje de su correspondencia. Mírase abarcando entre sus brazos la América del Sur, de Venezuela a Bolivia, con la mano derecha en las Bocas del Orinoco y su izquierda en las márgenes del Río de la Plata. En tal actitud, su corazón no podía menos de quedar palpitando sobre la tierra del sol, o muy cerca de ella. ¡Puedan, hoy, él y su obra estar por lo menos muy cerca, si no dentro de los corazones peruanos!

El Mensaje de Caracas a la Ciudad de los Reyes

CUANDO a mediados de febrero de 1825 escribía el Libertador al general La Mar, entonces en el Cuzco, instándole a volver a Lima y a ponerse al frente del Consejo de Gobierno, terminaba su carta de este modo: «Usted sabe si la humanidad necesita aún de nuestros servicios; además, los peruanos son para nosotros bienhechores, pues que nos han dado motivos de gloria y nos han mostrado una confianza hija de una gratitud sin límites. Estos son beneficios que no debemos olvidar.» Con tales palabras él se reconocía deudor del Perú.

Nunca, en parte alguna—se ha dicho y repetido con razón—había sido él más grande que en la tierra de los Incas. En el Perú, y por el Perú había él subido a la más alta cúspide de la gloria humana. El último y más vasto escenario de la guerra de independencia, a donde convergían y en donde unos con otros pugnaban los intereses más complejos y

contradictorios, así del Perú mismo como de América y del mundo; una serie no interrumpida de obstáculos aparentemente insuperables y otra serie paralela de problemas de solución aparentemente imposible; un hervidero de pasiones y de partidos vivaces que iban en tumulto, y por fuerza, a batir contra él, a manera de ondas bravías contra una roca solitaria, forjaron en definitiva el acicate que lo hiciera a él, el hombre de las dificultades, según por esa época se llamara a sí mismo, desplegar en grado máximo los recursos de su genio multiforme.

Sus cuarenta años maduran y cuajan en sazón como otros tantos racimos purpúreos que el sol del Perú hinchera de fuego y de miel en los viñedos de Pisco. En el ardor de la lucha, su personalidad, su corazón y su vida integran una sola llama insaciable que, falta de extraño alimento, acaba por consumirse a sí propia. Su estilo llega a la perfección y asume los más diversos tonos y registros. Ya es duro, preciso, elocuente y sin réplica en las órdenes militares; ya se empenacha de lirismo incomparable en sus proclamas de guerra; ya se deshace en hallazgos de expresión, en frases afortunadas, claras y profundas, que hacen un florilegio sin igual de sus innúmeras epístolas; ya, por fin, como en el Cuzco, después de la victoria, se aviene, revelando a la vez al poeta y al crítico, a disertar, con exquisito y severo gusto clásico, salpimentado de amable ironía, sobre el célebre canto de Olmedo.

En el espacio de pocos días, particularmente en la época de ardua labor y actividad febril de Pativilca y de Trujillo, centenares de órdenes, de instrucciones, de cartas, de documentos de toda suerte, salen de su pluma. Ya de tiempo en tiempo des-punta aquella melancolía desesperada que, no muy tarde, impregnará el crepúsculo de su gloria. Pero, entre tanto, inexorablemente pelea con el pensamiento y el verbo, antes de acometer y batirse con la acción y la espada.

Sus magnos proyectos de confederación y sus ideas constitucionales que él, pese a la calumnia inepta, concibiera mucho antes del año 19, mucho antes de su discurso de Angostura, ahora, aquilatados a través de los años por su espíritu, aparecen bajo su pluma en grandes líneas ordenadas con el esquemático rigor de las construcciones geométricas. Y en el Perú, desde Lima, la antevíspera de Ayacucho, convoca el Congreso de Panamá, destinado a ser la base y el origen del derecho público de nuestra América española.

Dos años atrás decía a un pariente suyo desde Cuenca: «Yo pertenezco ahora a la familia de Colombia y no a la familia de Bolívar: yo no soy de Caracas sola; soy de la nación que mi constancia y mis compañeros han formado.» Pero, ya en el Perú, tampoco pertenece a Colombia: pertenece a la América. Tal como de lo alto de la cordillera peruana, en la homérica tarde de Junín, así él, en el Perú, antes y después de Junín, abarca en todo momento la América, de una simple ojeada. En el Perú, él se siente en el corazón de la América, y a la vez toda la América está dentro de su corazón.

En el crisol de la anarquía, en la forja de la última campaña por la independencia de América, su genio se purifica y transfigura hasta esplender como un diamante. Y a cada embate de la fortuna, a cada

suceso, contrario o favorable, hay siempre en el diamante una faceta que responde con resplandor inesperado y vivísimo. De ordinario el resplandor se comunica y difunde con el verbo, en una frase, en una orden, en una proclama, en una carta, en un discurso. Y a cada una de esas manifestaciones de su espíritu va siempre adscrito el nombre de un paraje, aldea o ciudad, nombre de música española o quechua, que es un nombre peruano. Por lo que esos nombres peruanos de Pativilca o Trujillo, de Huaraz o Huamanga, de Santiago o Chancay, entre otros muchos, resplandecen hoy ante la historia con la sustancia misma de su espíritu.

De ese modo ilustra a cada ciudad peruana, pero él debe a su vez a cada ciudad, según lo confiesa él mismo, un motivo de gloria, aunque se trate apenas de un nuevo matiz que él, en el momento oportuno, incorpora a su estilo o a su genio. Un día es la tristeza del Pativilca; otro día es el alma de Trujillo, bélica y poderosa. Ya es la sonrisa de los pueblos y de la campiña ubérrima de Jauja; ya es el ardiente aroma de la patriótica Arequipa; ya es la heráldica grandeza de las ruinas y memorias del Cuzco.

Y ya eres tú, por último, oh Lima, que a todas las ciudades peruanas resumes en espíritu y belleza. Desenfadada y señorial bajo el gobierno de los virreyes, cortesana y galante en lengua de *celebradores*, diserta y culta a la manera de Peralta, conociste la hora del silencio, de la tristeza y el sacrificio. Voluptuosa y ligera, alguna vez alcanzaste en una rosa el ápice de la santidad, y te encontraste otra vez con alma heroica para alzar y esparcir por la provincia aquellos *montoneros* que, más tarde, adiestrados y guiados por los grandes caudillos de la revolución, habían de constituir las naturales avanzadas de la defensa y el triunfo. Rosa de amor y cortesía, rosa de santidad, rosa de heroísmo, tú, oh rosa del Rimac, suavizaste y embalsamaste con tu perfume el cálido hierro de su corazón, y diste esmalte y brillo insólitos a la rosa inmarcesible de su genio.

Por eso hoy viaja hacia ti, y por ti—que las resumes en espíritu y belleza—hacia todas las ciudades peruanas, algo de la fragancia de su gratitud, en el mensaje de amor que te manda Caracas, la ciudad en donde él nació y sus huesos reposan, muy cerca de aquel mar antillano a cuyas márgenes empezó y se extinguió la fulgurante parábola de su vida. Vincula su mensaje Caracas a dos prendas que son para ella cuanto para ti invalorable y únicas. Es la una el gonfalon de Pizarro, bajo el que—si bien entre sangre y lágrimas de los peruanos autóctonos—la tierra del Perú se acogió a la cultura de occidente y se hizo cristiana y española. Y es la otra la espada que tú misma labraste en recuerdo y representación de la que un día, de lo alto de la cordillera, violentó al cielo para que bajara sobre ti la aurora de la libertad.

En el mensaje de amor de Caracas va sin duda implícito el voto que fulguró como una estrella en el alma de Bolívar cuando él removía en la mente sus grandiosos proyectos de confederación americana. Tú habías sido la metrópoli espiritual de la América del Sur en los días de la colonia. Y tanto porque hubo un tiempo en que tu vida o tu muerte significaban la vida o la muerte de todos, cuanto

porque a ti llegaron a confundirse las dos más considerables corrientes de la revolución y por tus calles y plazas viste discurrir a sus más grandes capitanes, bien pudiera también en cierto modo decirse que tú fuiste la metrópoli de la independencia. La realización de aquel voto completaría la grandeza de tu destino. Surgió en el espíritu del héroe cuando la loca alegría de tus campanarios remecidos por el vuelo formidable de la última victoria te anunciaban el día de Ayacucho. Por ese voto, en el futuro, ya desvanecidos y olvidados en toda la extensión del continente los viejos enconos e iras, habrías de ser el inmóvil centro de diamante alrededor del cual, a guisa de esfera harmoniosa, gire nuestra América, moral y fraternalmente una, la América grande y una de su Libertador, la América fuerte y una de Simón Bolívar.

La lección de Ayacucho

LA celebración del primer Centenario de Ayacucho, o sea del primer Centenario de la independencia definitiva de nuestra América española, es la oportunidad propicia para que todas y cada una de nuestras naciones, fraternalmente abrazadas, en un ímpetu unánime, digan el «yo pecador» y hagan firme propósito de enmienda. Porque el modo mejor de celebrar el Centenario y de expresar nuestra gratitud a quienes debemos el ser de naciones, consistiría en seguir, con filial acatamiento y buena fe, la honda y fuerte lección que la victoria de Ayacucho nos dicta.

Unión y fraternidad, o para decirlo en palabras de más moderno curso, cooperación fraterna, ese fué el secreto de la victoria, y esa es, todavía hoy no aprovechada, la lección de Ayacucho. Teniendo, como teníamos, una misma causa, un mismo ideal y un enemigo común, la cooperación fraterna había de darnos forzosamente la victoria. Y si tenemos en cuenta que habitamos el mismo continente, reconocemos un mismo origen y poseemos, con sólo desdenables matices, raza, lengua, religión e instituciones iguales, en esa misma cooperación, prudente y no interrumpida, debieron ver nuestros pueblos la única línea de conducta posible en sus relaciones de unos con otros, desde el siguiente día de asegurada la independencia. Hízose el intento, y magno, en el Congreso de Panamá. Las causas del fracaso todos las conocemos. Evocarlas no sería sino recordar antiguos dissentimientos y lástimas, ya sin sentido alguno, que es bueno remover de una vez por todas. Provenían en su mayor parte del estado anárquico inherente al proceso del surgimiento y de la consolidación de nuestras repúblicas. La misma grandeza del intento y la vastedad del ideal, junto con la noble impaciencia de verlo trasmutado en substancia perenne, saliendo ya, tal Minerva de la frente de Júpiter, palpitante y armado, de los protocolos del Istmo, contribuyeron sin duda al fracaso lamentable de aquel ensayo glorioso.

El ideal de una América unida de México al Cabo de Hornos en un solo cuerpo de nación, lo vislumbró el Libertador como un ensueño el año de 1815 desde las playas de Jamaica. Tres años después, en 1818, contestando a don Juan Martín de Pueyrredón, consideraba ya el ensueño como realidad posible, dentro de un pacto americano destinado a celebrarse

tan pronto como terminara la guerra de independencia. Y aún antes de concluida la guerra, el 7 de diciembre de 1824, horas antes de hacerse irrevocable nuestra emancipación, hacía él, desde Lima, convocar al Congreso de Panamá a los Plenipotenciarios de las nuevas Repúblicas.

Al cabo de un siglo, el ideal continúa intocado, invitándonos con la magia de su luz, si no a realizarlo del todo, a aproximarse a él en cuanto es para nosotros accesible. Y si no bastan su propia fuerza y virtud, ahí estaría para empujarnos a él, con pesadumbre de experiencia cargada de reproches, la historia del siglo que hoy se cierra con el júbilo de las fiestas centenarias. Aceptemos lealmente el reproche y utilicemos la experiencia.

Utilicemos, entre otras, la enseñanza de la última guerra, como una especial admonición, sin dejarnos adormecer y seducir por el candor de los espíritus que la imaginan la última, cuando sólo es en rigor la primera de las guerras universales. Por la cada vez mayor interdependencia de las naciones, las guerras, como es lógico suponer, asumirán, o por lo menos tenderán siempre a asumir carácter de universales en el futuro. Y por constituir nosotros un todo inconfundible en el universo, es prudente que la repetición del fenómeno previsto como inevitable, nos encuentre organizados y comportándonos como un todo. No apareceríamos, según en la última guerra aparecimos y solemos aparecer en el seno de las grandes asambleas internacionales, como barcos de una misma flota pero con distinto rumbo, porque, en el momento de ser más necesaria la unión, perdemos de vista la bandera. Debemos, para el caso, integrar una y la misma flota y seguir el mismo rumbo, o ser como un solo bajeel cuyo rumbo fijo y sereno estuviese marcado por un gobernalle inmutable, que hallaría su imagen mejor en el granítico gobernalle de la cordillera.

Si al cabo de una centuria el ideal se encuentra a la misma distancia de nosotros, también el trabajo, el esfuerzo necesario para allegarnos a él, se encuentra en el mismo punto que lo dejó la previsión política de Bolívar. Reanudemos el esfuerzo de cooperación fraterna que inició el Congreso de Panamá. Con mucha frecuencia, y aun periódicamente, se reúnen en el seno de grandes asambleas de Europa los representantes de todos o casi todos nuestros pueblos, a discutir y a tratar de resolver problemas que, si de ningún modo nos son indiferentes, nos resultan del todo extraños o importan para nosotros muy diversa solución, a causa de nuestras peculiares condiciones de vida. Con más razón y frecuencia, y, sin duda alguna, con menos dispendio y mayor facilidad, y también periódicamente, podríamos reunirnos a buscar solución a nuestros problemas continentales, a entender, con pacífica y fraternal cooperación, en nuestras cuestiones domésticas. La primera reunión podría hacerse el próximo año de 1926, a propósito de celebrar con labor útil, de manera digna, el primer centenario del Congreso de Panamá. Nuestros gobiernos, por medio de sus órganos de ley, se acordarían previamente sobre un plan de trabajo, así como sobre el material adecuado a las primeras labores. Y debería empezarse por aquellas cuestiones más a la mano y humildes, de orden material, como las de trabajo, producción y comercio, para de ahí elevarse

lenta y gradualmente al estudio de los problemas políticos. A su vez cada cuestión habría de estudiarse de modo de poner en relieve los puntos de coincidencia, las líneas de intereses comunes, bastantes a trazar el esquema de tratados o acuerdos que, pudiendo ser adoptados por todos, puedan inmediatamente ratificarse y practicarse. En la misma forma y con igual procedimiento se llegaría sin dificultad a la solución de nuestras grandes o pequeñas divergencias de familia, sin tener que salir de casa en busca de avenidores.

Trataríase, como se ve, no de algo inaccesible y exótico, sino de apoyarnos en el sentido de la realidad, en el espíritu del sentido común, para seguir y obtener el desarrollo lógico, gradual y armonioso de un ser vivo. Insensible y sólidamente se iría ensanchando hasta un grado difícil de prever la base de unión de nuestras repúblicas. Y sobre tal base, y aun conservando cada cual su ser político independiente, ya sería de una parte, por lo que a los intereses continentales se refiere, más eficaz y activa nuestra cooperación con la gran república de los Estados Unidos del Norte, como de otra parte, por lo que hace a los intereses raciales y de otro orden no menos impremitibles, igualmente eficaz y activa sería nuestra cooperación con las naciones que integran la península ibérica y con aquellas otras grandes naciones latinas a las cuales nos unen vínculos fuertes y numerosos.

Así, paso a paso, día a día, merced a un trabajo metódico de cooperación fraterna, nos acercaríamos en lo posible, caso de no llegar a consustanciarnos con él, a ese ideal que el Libertador columbraba en el futuro, cuando se dirigía al ilustre prócer del Río de la Plata, en una América unida que pudiera llamarse «la reina de las naciones, la madre de las repúblicas».

Acercarnos al ideal, realizando este plan de trabajo, haciendo nuestra cooperación cada vez más íntima y seguida, sería al mismo tiempo la manera mejor y más práctica de expresar nuestro reconocimiento a los grandes hombres del pasado, que hoy glorificamos en el Centenario de Ayacucho, y que, con la gloria misma de Ayacucho, representan nuestro común patrimonio de gloria.

MANUEL DÍAZ-RODRÍGUEZ.

San Juan de los
Moros, Venezuela.

(Tomados de *El
Nuevo Diario*, Caracas).

Epitafio

María Enamorado,
jovencita gentil,

cayó con el cerebro atravesado
por el plomo fugaz de un proyectil.

Reposa de la iglesia en el suelo sagrado

Y esto pasó en un día
viernes, cuatro de abril.

FROYLÁN TURCIOS

Tegucigalpa,
abril de 1924.

Se alejan...

APARECE la mañana brillante, llena de sol, sonriente y fresca como una muchacha de quince años; despojada del misterio de la noche, de la suave luz de luna que baña de quimera los hombres y las cosas.

Todo está lleno de ese sol del verano que quema los ojos y nos obliga a cerrarlos deslumbrados por tanta claridad.

Tres aviones hienden el aire con sus alas de hierro y atraviesan con majestuosa serenidad por sobre montes y sembrados.

Se oye, cada vez más fuerte, el ronco trepidar de los motores y a medida que se alejan, en sordina, va desapareciendo el ruido, hasta perderse en el confín lejano.

Un zopilote quizá celoso, como retando a duelo, pasa veloz y agitando fuertemente las alas, cree orgulloso igualarse a sus rivales del aire y del espacio.

Se alejan los aviones y al contemplar su huida, se siente el anhelo de correr con el viento detrás de ellos; se experimenta una sensación de honda tristeza como es la que dejan las ilusiones y los recuerdos que se van, llevándose prendidos en sus alas los ensueños para dejar el alma vacía y desolada...

Y en aquel cielo azul de índigo puro, sigue alumbrando el sol y dorando con su luz nubes y flores.

FLOR DE LUNA

San José de C. R.
Enero 4 de 1925.

Calendario

El REPERTORIO AMERICANO también tiene su Calendario y en él señala con una seña especial sus días festivos, que son aquellos en que recibe cartas como ésta, escrita por un vecino laborioso del Naranjo:

Naranjo, 25 de Diciembre de 1924.

Sr. J. García Monge.

Estimado amigo a quien debo algo de lo que tengo y de lo que soy; nada soy y menos sería sin un amigo y un maestro como Ud.

El Niño me ha dado una nueva dicha, como es la conseguirle un nuevo suscriptor, que es José Alfaro, el papá de Bolívar, que le encantó el artículo de *La Escuela-milagro* y otros como también nos vienen siempre en el REPERTORIO.

Sin más, que me suscribo de Ud. afmo. y S. S.

JOSÉ CRUZ B.

No ha pasado el Sr. Cruz por los colegios. No lo he visto nunca. Es lector curioso y contagia a otros de su noble afán. Si tuviéramos obreros y campesinos con las preocupaciones de autocultura del Sr. Cruz, ¡otro gallo nos cantaría en esta Costa Rica de nuestros amores! Pero... ¡son tan pocos los que leen en campos y talleres! ¡Escasea tanto la curiosidad!



Influencia de la literatura francesa en Bolivia

Encuesta de "Les Nouvelles Littéraires"

Respuesta de don Franz Tamayo

Señor Franz Tamayo.

La Paz.

Señor y querido Maestro:

En el deseo de establecer el balance de la influencia que ejerce actualmente la literatura francesa en el extranjero, nos permitimos recurrir a la confraternal amabilidad de Ud. En efecto, para recoger los elementos de nuestra encuesta no podríamos obrar mejor que dirigirnos a personalidades cuya obra—tal la obra de Ud.—las ha señalado como las más representativas de la actividad y genio literarios de una nación.

Quedaríamos muy reconocidos a Ud. si quisiera hacernos saber su parecer sobre las cuestiones siguientes:

1.º ¿Cuál es el estado presente de la influencia que ejerce sobre la literatura de su país, la literatura francesa de hoy? ¿Esta influencia está en retroceso o en progreso?

2.º ¿En qué dominio se manifiesta con más vigor: novela, teatro, poesía, ensayos?

3.º Al parecer de Ud. ¿qué *escuela* o qué *manera* representa más exactamente el espíritu francés?

4.º En fin, ¿cuáles son los escritores y obras que Ud. aprecia más y que gozan de mayor renombre ante el público letrado de su país?

Esperamos que Ud. excuse nuestra curiosidad y que la juzgará Ud. con nosotros como legítima. Su respuesta nos ayudará y ayudará a los escritores franceses a hacernos una imagen exacta del juicio que sobre ellos mantiene la flor del mundo intelectual. En esta vasta y sincera consulta aquellos escritores encontrarán una enseñanza y nuevas razones para consagrar una simpatía más ardiente y un interés más vivo a la aproximación espiritual de los pueblos.

En la esperanza de recibir de próximo su respuesta, que aparecerá *in extenso* en las *Nouvelles Littéraires*, rogamos a Ud., señor y querido Maestro, quiera creer en nuestra viva estima literaria y alta consideración, y aceptar además nuestros sinceros agradecimientos.

Por *Les Nouvelles Littéraires*,

EDOUARD RAMOND.

La Paz, 20 de diciembre de 1924.

Les Nouvelles Littéraires

6, rue de Milán,

París IXe.

Señores:

Pocas palabras para absolver su encuesta.

Creo que la influencia de la literatura francesa es universal en la América española, sobre todo del

Canal para el sud. Estos países son verdaderas colonias intelectuales de Francia, en el bueno como en el mal sentido que se pueda dar a la palabra. Como la lengua francesa casi nunca llega a conocerse plenamente por los escritores que no han salido de América, la literatura, sobre todo la poesía francesa, se conoce imperfectamente, pues parece faltar el espíritu a cuanto se traslada de Francia. A menudo el conocimiento de la gran nación latina nos llega a través de España, la cual España, en sentido literario, más que península europea parece una prolongación sudamericana, mucho más hoy día bajo Primo de Rivera. Y aquí vendría bien una pregunta: ¿se compenetra España del espíritu francés lo suficiente para decir que allí se entiende y se *siente* a Francia? Cuestión. Sin pensamiento ni intención irrespetuosos para con lo que aquí llamamos la madre patria, yo tengo mis sospechas sobre el fundamental *ineuropeísmo* (valga la palabra) de España, o sea su absoluta desemejanza e inafinidad con lo que se llama la cultura occidental entre Uds. En este punto, los americanos del sud creo que somos mucho más permeables al espíritu francés u otro que el peninsular. Es así como hablando nosotros español, nuestros maestros son casi siempre franceses. A veces lo embrionario de la cultura da resultados cómicos. He visto por ejemplo ensayos que se reclaman del abolengo literario de Flaubert y que están escritos en un castellano mestizo que es a la lengua de Cervantes lo que el francés *négre* de la Martinica a la lengua de Racine. En cambio, en Francia no se tiene idea de lo que puede alcanzar una grande lengua como el castellano en el campo de las músicas líricas. He nombrado al uruguayo Herrera y Reissig, poeta muerto y naturalmente olvidado en América, y porsupuesto despreciado en España. Bien es verdad que en Francia se ignora muchas cosas. ¿Cuántos franceses entre mil que hablan inglés, son capaces de entender de veras a Shelley o a Elisabeth Barret? Tengo mis dudas muy parecidas a certidumbres... Todavía me acuerdo del Shakespeare y del Newton de Voltaire. Pasemos.

Decía de cierta universalidad de maestros franceses entre nosotros. Esto me alegra y apenas a un tiempo. Pero señalemos de paso, no creo que se trate de una particularidad de los americanos, sino más bien de la universalidad de las formas intelectuales del espíritu francés, más allá aun de la universalidad de la lengua de que habló Rivarol. Esto no sucede en inglés; pero sí sucedía en griego de Tucídides o de Sófocles. Creo por ejemplo en la mayor influencia del espíritu francés en Inglaterra que del inglés en Francia. Goethe era un *Lehrling* francés; pero no conozco discípulos franceses de Goethe, y es lástima para Uds. Entonces, nuestros maestros son predominantemente franceses. Necesariamente también. Pero en parte lo siento por lo exclusivo o excesivo de tal influencia y por el olvido de otras culturas. Hasta de la propia. Me explico. Por diez lectores de La Rochefoucauld hay uno de Gracián, y por otros tantos lectores de Hugo no hay uno solo de Herrera el Divino. Pero también es cierto que en España hace veinte años me fué imposible encontrar una edición moderna de Gracián. Yo he conocido el Oráculo Manual de manos de Schopenhauer, y en alemán...

Sobre el estado actual de la influencia francesa sólo diré que en estas tierras hoy se estudia mucho más inglés que hace cincuenta años, aunque los hombres de letras siguen con sus preferencias francesas. Propagándose muy visiblemente el estudio del inglés, la inmensa y admirable literatura inglesa sigue siendo casi en absoluta desconocida. El predominio literario queda siempre pues para Francia.

Para terminar haré un voto: desearía que en mi país los escritores y la lengua del siglo xvii francés fuesen más amados y estudiados que los de cualquiera otra época francesa.

Muy atentamente,

FRANZ TAMAYO,

Loaiza 26. La Paz, Bolivia.

(La República. La Paz, Núm. del 23 de Diciembre de 1924).

A la Juventud Universitaria de Ibero-América

Mensaje (1) del Decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de La Plata, Dr. Alfredo L. Palacios.

NUESTRA América, hasta hoy, ha vivido de Europa, teniendo por guía. Su cultura la ha nutrido y orientado. Pero la última guerra ha hecho evidente lo que ya se adivinaba: que en el corazón de esa cultura iban los gérmenes de su propia disolución. Su ciencia estaba al servicio de las minorías dominantes y alimentaba la lucha del hombre contra el hombre. Ciencia sin espíritu, sin alma, ciega y fatal como las leyes naturales, instrumento inconsciente de la fuerza, que no escucha los lamentos del débil y el humilde; que da más a los que tienen, y remacha las cadenas del menesteroso; que desata en la especie los instintos primarios contra los más altos fines de la humanidad. Tal nos aparece hoy la cultura europea, que amenaza desencadenar una guerra interminable, capaz de hundir en el caos la civilización de Occidente.

¿Seguiremos nosotros, pueblos jóvenes, esa curva descendente? ¿Seremos tan insensatos que emprendamos a sabiendas un camino de disolución? ¿Nos dejaremos vencer por los apetitos y codicias materiales que han arrastrado a la destrucción a los pueblos europeos? ¿Imitaremos a Norte América que, como Fausto, ha vendido su alma a cambio de la riqueza y el poder, degenerando en la plutocracia?

Volvamos la mirada a nosotros mismos. Reconozcamos que no nos sirven los caminos de Europa ni las viejas culturas. Estamos ante nuevas realidades. Emancipémonos del pasado y del ejemplo europeo, utilizando sus experiencias para evitar sus errores.

Somos pueblos nacientes, libres de ligaduras y atavismos, con inmensas posibilidades y vastos horizontes ante nosotros. El cruzamiento de razas nos ha dado un alma nueva. Dentro de nuestras fronteras acampa la humanidad. Nosotros y nuestros hijos somos síntesis de razas. No podemos, por tanto,

(1) Este Mensaje fué recibido en Costa Rica por la Asociación de Estudiantes Universitarios. Esta Asociación ha emprendido una labor de confraternidad hispano-americana, y aspira a que, como ella, las Asociaciones de Estudiantes de los demás países de Hispano-América elijan como Maestro al gran Vasconcelos. La Proclama de los Estudiantes de Costa Rica fué publicada en el REPERTORIO AMERICANO N° 20 del tomo 8, y enviada especialmente por la Asociación de Estudiantes a las Asociaciones de los otros países. Nos piden suplicar a las Asociaciones que no lo hayan recibido lo soliciten y se adhieran al movimiento. La dirección es: Asociación de Estudiantes Universitarios, San José, Costa Rica, Ap. 281.

alimentar los viejos odios raciales, frutos de parcialidad y limitación. Conservamos, además, la herencia pura de San Martín y Bolívar, dos de los héroes más generosos que ha producido la historia. Tenemos que concebir una nueva humanidad dotada de una más alta conciencia. La dilatada extensión de nuestros países, casi despoblados, hace absurda la lucha de los pueblos por la tierra. No necesitamos disputárnosla, ni regarla con sangre fratricida, sino dividirla entre los hombres, haciéndola fecunda por el esfuerzo, en beneficio de todos.

No necesitamos, como Europa, alimentar el odio implacable, sino tender a su desaparición; borrar las diferencias exteriores que separan a los hombres y substituir la concurrencia y los antagonismos con la cooperación y la ayuda mutua. Utilizar para el bien social todos los esfuerzos y poner al alcance de cada uno todas las posibilidades. Debemos libertar a la mujer y hacerla nuestra igual en los derechos, en lugar de mantenerla sometida a perpetuo y odioso tutelaje. Es indispensable la colaboración del alma femenina en nuestra obra civilizadora.

Y tenemos, ante todo, que exaltar la personalidad humana. Darle al hombre conciencia de su fuerza; forjar su voluntad y su carácter. Hacerle apto para dominar los tesoros que ha creado en vez de constituirse, como ahora, en siervo de ellos. Para lograr esto, habremos de realizar una incruenta revolución: la revolución del pensamiento, la reforma educativa para transformar al hombre.

Vosotros, universitarios de la nueva generación, habéis iniciado esa obra y debéis continuarla. Las posibles consecuencias de ella son incalculables. Al emprender la reforma universitaria habéis contraído un grave deber ante el porvenir, con vuestra propia conciencia. No basta haber reformado los estatutos. Hay que transformar el alma de las universidades. Conseguir que en vez de máquinas de doctorar se conviertan en crisol de hombres. Deben ser laboratorios de humanidad. Focos de pensamiento renovador y de fuerzas espirituales. Corazón y cerebro de los pueblos y guía de las futuras generaciones. Es preciso que dejen de ser exactas para ellas estas palabras que en *Erewhon* atribuye Samuel Butler a un profesor influyente de la Universidad de *Sinrazón*: «Nuestra misión no consiste en ayudar a los estudiantes a pensar por sí mismos... Nuestro deber es hacer de modo que piensen como nosotros, o a lo menos como nosotros creemos útil decir que pensamos».

La renovación de la enseñanza universitaria implica la incorporación a sus estudios de las modernas ideologías y los problemas sociales. Debe salir de las universidades una nueva concepción social y un espíritu nuevo. Los universitarios deben solidarizarse con el alma del pueblo y proponerse la elevación y la redención de la masa humana. Deben reintegrarse al pueblo para que surja de todos la conciencia social.

Vosotros, los jóvenes universitarios, deberíais formularos el propósito de constituirlos en núcleo dirigente. Ser dirigente no significa ocupar los puestos lucrativos o disputarse el poder, sino asumir la responsabilidad del destino de los pueblos y consagrarse a la tarea de extirpar sus males, resolver sus problemas y modelar su alma.

Para realizar esta obra debe ser la primera condición, la de hacer efectiva la solidaridad espiritual entre los pueblos de América Latina. Labor tan vasta no puede emprenderla un pueblo solo. Debemos elaborar una nueva cultura concordante con nuestros ideales que permanecen latentes en la raza. Debemos ir a la acción. La cultura sin acción deriva en bizantinismo. Por lo contrario, la acción renovadora suscitará la creación de una cultura nueva. Por eso la tarea más inmediata sería la de trazar las líneas directivas de la Confederación

Ibero-Americana. Esa empresa debe ser obra de la juventud, que se halla libre de compromisos con el pasado y de mezquinas rivalidades. Tal labor es también de imperiosa urgencia para contener la expansión arrolladora y envolvente del capitalismo yanqui.

El destino os ha impuesto esa misión que no es menos gloriosa y trascendente, aunque sí menos ardua, que la llevada a término por nuestros próceres de la gesta libertadora.

Emprendamos resueltos el camino de la nueva era de América Latina. No defraudemos a Europa, a los mejores hombres de Europa, que esperan de nosotros la conquista de nuevos horizontes para el progreso del mundo. Nadie tiene a su disposición condiciones más propicias que las nuestras. Renovemos las antiguas glorias en bien de la humanidad. Seamos dignos de la herencia de audacia y energía que nos impusieron los conquistadores y del heroísmo ejemplar que nos legaron los autores de nuestra independencia.

Nuestro programa de acción y de idealismo puede concretarse en los siguientes puntos:

Renovación educativa.

Solidaridad con el alma del pueblo.

Elaboración de una cultura nueva.

Federación de los pueblos Ibero-americanos:

A la obra, pues.

ALFREDO L. PALACIOS

Decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de La Plata.

Buenos Aires, noviembre 25 de 1924.

Campo de flores

LA vispera había llegado yo a la *Ciudad de las Flores*, según le dicen a Xalapa. Confieso que casi ignoraba su existencia. A no ser por las palabras de Díaz Mirón en *Lascas*, quizás no hubiera sabido de ella.

Se me aseguraba, al alistar mi viaje, que su clima es como el de Normandía. Barbey d'Aurevilly, en los *Memoranda*, al evocar sus paseos por Caen, se pregunta: «Ne sommes nous pas en Normandie, la belle Pluvieuse, qui a de belles larmes froides sur de belles joues fraîches? J'ai vu des femmes pleurer ainsi....» Y parecida esperaba encontrar a Xalapa, llorando lágrimas frías y menudas sobre los carrillos frescos de sus lindas muchachas, ¿no es acaso también caliente nido de mujeres hermosas?

Así, no me extrañó el azote húmedo y cortante del tenaz chipichipi, ni percibir su caserío de aleros rojos, velado por la blanca neblina, ni forjarme, reclinado en la barandilla de su elevado parque, flotar sobre las nubes.

Todo lo hallé como lo imaginara. Sus calles torcidas y empinadas, sumidas en la niebla; sus plátanos de Sócrates, sus jinicuiles, sus naranjos, sus hayas, árboles mágicos envueltos en cristal; sus mujeres cruzando rápidamente de una acera a la otra, levantando coquetas la orilla de sus faldas; algunos chiquitines jugueteando en el lodo, y en el ambiente, aroma penetrante de jinicuiles, madre selvas, azahares, y la ciudad adormecida, aspirando, con dejada fruición, su embriagador perfume y contemplando, perezosa y lánguida, sus paisajes mediterráneos y la hermosura criolla de sus hijas.

Recorrí la ciudad. Desde una de sus lomas, donde

se forma un espléndido estadio, la divisé abrazada al pié del Macuítetpetl.

Inopinadamente, al ascender la loma, camino del viejo parque de *Los Berros*, se muestra en toda su extensión. Al centro, la absurda Catedral, mitad herreriana, mitad gótica, vecina a lo que fuera el huerto conventual de San Francisco. Más arriba, dos torres bajas, que aparecen muy altas por lo quebrado del terreno, y a la derecha, otra de colores chillones, de estilo franciscano, que sostiene las campanas alegres de San José, circundada por mantos de la Virgen. Y a esas torres y a otras menos lucidas de humildes iglesias o ruinosos conventos, los tejados rojizos en apretada red las une.

Se divisan escalonadas casas enormes, cuajadas de macetas, casas pequeñas de limpios interiores humildes, también con flores, barracas blancas de techo de madera rugosa, jardincillos que diríanse colgantes, araucarias erguidas, moreras de amplias hojas, plataneras o hileras de naranjos, y al pie de las murallas, floridas trepadoras, y en los huertos lejanos, árboles de camelia, tulípanes, y cual enorme marco, oscuros jinicuiles, plateadas hayas.

XAVIER ICAZA

Del libro en prensa:
Gente mexicana.

Militarismo chileno

ME imagino al General Brieva triunfante. El General Brieva era consejero de Estado en el gabinete de Alessandri y representaba en aquel cuerpo, al ejército. No había acuerdo del Gobierno que el General no visase con ese carácter. No había tratado internacional que el General Brieva no pesara antes de ser decidido. El Senado, la Cámara, ya podrían gritar, pero el General Brieva, en silencio, dictaba las órdenes. Alessandri, el pobre Alessandri, decía los discursos, "acuñaba" las frases, presidía los banquetes; pero a su lado siempre atento, el General Brieva gobernaba. Ni los Embajadores en el extranjero podrían librarse de la presencia del General Brieva. Por allá fue al Brasil un Embajador chileno de ilustre rango, de trato esmerado, de profunda cultura académica, de noble presencia y sin embargo, en cada festejo el General Brieva y sus ayudantes engalonados estiraban el pescuezo, juntaban los hombros entorchados hasta hacer desaparecer la mancha negra del traje del Embajador civil, y de la misión chilena no quedaba otra cosa, que una impresión de cuartel. Brieva me hizo el favor de invitarme a visitar como particular su país. Yo no sabía hasta qué punto era "su país"; pero fui porque, de todas maneras, yo juzgo a Chile, no sólo como el país de Brieva, sino también como mi propio país. Debo a Brieva el haber conseguido que el Presidente Alessandri ratificara su invitación para la misión mexicana. Y así indirectamente agradezco a ambos el haberme dado la ocasión de conocer en Chile a un gran número de personas de lo más noble, generoso e ilustrado que hay en el mundo. Mi estancia en Chile ligó con el afecto lo que ya antes me pertenecía por la imaginación.

Los dolores de Chile son dolores nuestros. El

militarismo de los chilenos ofende en el mismo grado que el militarismo mexicano.

Y al lamentar las noticias de Chile, he recordado que el mal está profundamente arraigado. La expulsión de Alessandri no es más que la eliminación de un estorbo sin importancia, como desechar una careta molesta, ya que los actores del carnaval se han reconocido. Desde hace mucho tiempo, Alessandri era la careta civil y detrás de ella el militarismo mandaba. Fue en el propio palacio de Alessandri, después de una cena cordial, cuando Brieva me llamó aparte y me dijo: "que los estudiantes se hallaban exaltados por las prédicas antipatrióticas y bolcheviques que venían del extranjero, y que si mi conferencia anunciada para el día siguiente daba lugar a escándalo, él como jefe del ejército tenía que reprimirlo, y que "las balas no conocían protocolo", dando con esto a entender claramente que se me trataría como a un revoltoso común. Tuve que hacer un esfuerzo de serenidad para no contestar como debía, pidiendo mis pasaportes. Mi compromiso era con los estudiantes y con Chile, yo no me sentía un extranjero, quería quedarme, había prometido hablar y dije al General Brieva que a menos de impedírmelo la fuerza pública, yo hablaría en la Universidad o en el local de la Federación o en una esquina, donde quisiesen oírme los estudiantes. Al salir del país hice declaraciones protestando mi afecto para el ejército chileno que, según todos los diarios, era defensor de las instituciones y del Gobierno civil. Desgraciadamente el ejército chileno, en donde sin duda hay muchos oficiales jóvenes, patriotas y bien intencionados, se ha dejado arrastrar de los Altamirano y de los Brieva, y probablemente seguirán persiguiendo a la juventud avanzada que es la única esperanza del país.

JOSÉ VASCONCELOS

(De *La Antorcha*,
México, D. F.)

Unas manos

A una artista que se oculta,
muy cordialmente.

De ternezas hablábanme tus manos,
albas y gentiles cual cisnes rubenianos.
Ellas aroman las aristocráticas estancias
como flores de suaves fragancias.

Son encendidos pebeteros sagrados,
que en azules humos perfumados,
insinúan lejanos países ideales
y labios quemantes y ojos fatales!

Inquietas, como dos alas gemelas
—semejan migratorias velas—
de una barca anhelante
que finge un signo interrogante,

y que va hacia la otra ribera,
buscando sin reposo la quimera.
Oh inquietantes, tejedoras manos
albas y gentiles, cual cisnes rubenianos.

CLARA DIANA

S. J. de Costa Rica, 1924.

"Azorín" en la Academia

(De *El Sol*, Madrid).

No diré, remedando a los cronistas de estilo antiguo, que la Academia se había vestido de gala para recibir a «Azorín». Estaba lo mismo. Debajo del dosel rojo que honra ceremonialmente los retratos de Felipe V y de Cervantes, el señor Maura, entre los manteos morados de dos señores obispos. Al lado, los dignatarios de la Academia, los académicos con oficio, vistiendo el uniforme bordado de verde, el verde gabán, si nos entregamos al capricho de una reminiscencia clásica.

Y, sin embargo, un no sé qué de nuevo se percibía en el ambiente o podía soñarlo la imaginación. Con «Azorín» entraban en la Academia las letras nuevas e iban a celebrar sus nupcias de espíritu con la tradición literaria. En realidad, estas nupcias estaban hechas hacía tiempo. «Azorín», en su exordio, sencillo y digno, limpio de la empalagosa hojarasca de las acciones de gracias, lo dice sobriamente: «representáis la tradición literaria española. Modestamente he procurado yo servir esa tradición».

Una de las mejores cosas que ha hecho la Academia en estos últimos tiempos ha sido la elección de «Azorín», que le ha reportado aplauso y le reportará la colaboración de un gusto depurado y seguro, y de un gran conocedor de los clásicos y del idioma. Fué la elección un acto justo y de gran estilo académico, porque «Azorín», como D. Juan Valera en tiempos, es un ingenio esencialmente académico, en el más alto sentido artístico de este título.

Gran cosa es la tradición literaria; pero no olvidemos que es una vena viviente que sigue fluyendo en el curso de la historia. Sólo en las literaturas muertas se ha extinguido la vena de la clasicidad, la potencia de clacisidades nuevas. El mejor concepto de la tradición es el sencillo y material de los juristas de Roma, es la entrega: la obra que las generaciones anteriores ponen en nuestras manos. Hay que completar el concepto, señalando la obligación de continuar y fructificar esa obra. De otra suerte, el genio de la historia habrá de pedir cuenta de las minas o los óbolos entregados, que quedaron ociosos, como en manos del siervo poco diligente de la parábola. La tradición es la entrega que nos hace lo pasado de la labor realizada; la herencia con que caminaremos hacia las posibilidades futuras, de modo que lo tradicional y lo innovador se fundan en un movimiento de *devenir* y desarrollo.

Estampa de actualidad,

por Bagaría



El escritor "Azorín", recibido miembro de número por la Academia Española.

* *

En la ceremonia académica del domingo se notaba ese sentido de continuidad de la tradición viviente, en el público, en los oficiantes, en los discursos. Había entrado en el salón solemne una oleada de juventud espiritual. Veíanse caras nuevas junto a las de los concurrentes habituales. La nueva generación literaria se asomaba, curiosa y satisfecha, a ver ingresar a uno de sus guías en el Cenáculo. El académico entrante y el que le contestaba son, aunque finos amadores de lo pasado, espíritus modernos.

El discurso de «Azorín» es el más original en la forma que se ha oído en la Academia, desde aquel bello discurso en verso que leyó un viejo y glorioso poeta castellano, Zorrilla:

el que mató a Don Pedro y el que salvó
[a Don Juan.

La oración académica de «Azorín» no es un discurso. No tiene la arquitectura ni la economía del género. Es, como dice finamente el conde de la Mortera, uno de sus ensayos; y hace bien en llamarle óptimo, porque figurará en la colección de las obras completas del autor, al lado de *Los hidalgos* y *El alma castellana*, como uno de los modelos de la prosa de «Azorín», de su construcción literaria y de su visión artística. Es una serie de delicadas viñetas españolas en que por la suma de parciales imágenes, reconstruyendo

paciente y primorosamente matices y particulares, intenta el autor comunicarnos en *Una hora de España* (1560-1590), la emoción del alma española tal como él la siente, guiado por su intuición de artista y por los documentos literarios.

Es una obra admirable de estilo, de propiedad y elegancia de vocablos, de selección de términos precisos, de construcción ingravida y airosa. La morfología literaria no reconocerá como discurso a este primoroso retablo, nada oratorio, de la España de tiempos de Felipe II, pintura literaria que está pidiendo la intimidad confidencial de la lectura a solas; pero es más que un discurso, es un libro, un nuevo volumen de sus obras, que «Azorín» presenta a la Academia como una preciosa ejecutoria de su maestría literaria, y de ese estilo que ha acertado a ser tan rico en matices, con la «semidesnudez helénica de la oración primera de activa», como dice sutilmente Gabriel Maura.

El pensamiento de los dos oficiantes en el acto académico converge hacia una figura culminante en

la gran España del siglo xvi: la de Felipe II, figura verdaderamente representativa de lo bueno y de lo malo de un espíritu social y de una concepción teológico-política, figura enigmática aún, a pesar de las apologías y los libelos. Es el anciano meditabundo, vestido de negro, con el borreguito de oro brillando sobre el jubón, que retrata «Azorín» con seguros trazos pictóricos en el paisaje tétrico del Escorial, paisaje donde las piedras, heridas por el viento, parece que aúllan, según la expresión penetrante del pintor Regoyos. El conde de la Mortera anima, con una intencionada prosopopeya, a este personaje egregio, cuya sombra, siempre que es evocada, nos ofrece una lección histórica permanente, pues Felipe II, tan bien dotado para el Gobierno, tan laborioso, tan penetrado del sentimiento del deber y de la razón de Estado, capaz cuanto podía serlo un príncipe, es la demostración de la ineficacia del poder personal mejor intencionado, en una sociedad compleja, pendiente cada día de arduos y variados problemas.

Por ministerio de la historia, nos hablan desde lejos las figuras remotas de los hombres que fueron. En sus débiles voces nos sorprende a veces un acento inesperado de actualidad. Así, Felipe II, evocado por un erudito, por un retrato literario, por un documento, habla todavía al español del siglo xx, y no sólo al partidario y al polemista, sino al observador objetivo.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

Reflexiones

Los escépticos

Se debía quitar toda intervención en la vida política—mayormente toda representación electoral—a los escépticos que creen inútil todo esfuerzo, juzgando que el país no se interesa por nada, que es ocioso preocuparse por lo que a éste no le importa y que aquí no se puede hacer cosa que valga la pena.

Ellos son los peores enemigos de todo progreso.

Haz bien

Muchas veces oigo quejarse de desengaños a los que dedican gran parte de sus afanes a la propaganda de las ideas de regeneración social.

Tropiezan a cada paso con la ignorancia y con la dificultad de convencer a la mayoría. Se desespieran de obtener escasos resultados. Tras largos y enormes esfuerzos, algunos se desalientan y abandonan la lucha... Yo también he tenido desalientos y he sido herido por todos esos tropiezos. Pero mi experiencia propia y la historia—que es la experiencia de los demás—me han enseñado que todo ello es muy humano, que siempre ha ocurrido así, que todos los reformadores (grandes y chicos), han luchado con los mismos inconvenientes y que, sin embargo, la Humanidad ha realizado grandes progresos. Cuando he comprendido eso, he empezado a tener paciencia, a esperar, y a no parecerme pequeña ninguna ventaja, ningún triunfo, ninguna con-

quista, por inferiores que a primera vista resulten comparadas con la energía gastada en conseguirlas.

He comprendido que los grandes hechos sociales se forman así, lentamente, paso a paso, y que nada hay despreciable con el continuo caminar de las ideas. Me he convencido de que lo fundamental en la propaganda es el acto de fé que realicemos todos los días creyendo que aquello que predicamos, no obstante ser hoy rechazado por muchos, será en lo futuro el credo de la mayoría, el credo de la Humanidad toda, y que esa fe en el porvenir de nuestras ideas se va comunicando a los demás y es lo constituye la fuerza de las doctrinas y de los partidos.

Eso, en cuanto a las impacencias y a los desalientos por la poca eficacia de la propaganda. En cuanto a los desengaños que proporciona la ingratitud de aquellos mismos a quienes queremos salvar, no sólo no deben extrañarnos, sino que es preciso contar con ellos como cosa inevitable, segura. Quien tenga tanto amor propio y tan escaso amor al ideal que el choque con la ingratitud—hija muchas veces de la ignorancia, no de la malicia—puede hacerlo retroceder o renegar de lo hecho, ese, que no se haga portaestandarte de ninguna reforma.

Hay que hacer el bien «a pesar» de los ingratos, sabiendo que existen y resignándonos a que nuestros afanes sean olvidados y menospreciados por los mismos que los aprovechan. El desquite de los que obran así consiste en ver que, si su nombre se borra de la memoria de otros, su obra triunfa y los que le pagaron con desprecios o rebeldías personales, viven de los frutos que da la semilla que ellos sembraron.

RAFAEL ALTAMIRA

(De *Máximas y Reflexiones*).

A...

El Destino fué duro y fué implacable:
nuestro pobre cariño destruyó.
Hoy vamos por la vida como extraños
el uno para el otro: él nos venció.

En vano fué el querer, en vano todo!
El Destino sus garras enterró
en nuestro pobre amor y al separarnos
por siempre, nuestras vidas destruyó.

* * *

En viejo libro, sucio por el tiempo,
hay una flor que guardé con amor
hace años ya. La encuentro hoy al acaso
y siento que me embarga la emoción.

Y saltan los recuerdos en tropel:
De nuevo vive la marchita flor,
tu mano cariñosa que la obsequia,
mi mano que la guarda con amor.

En mi vida quedó la flor marchita
de tu amor, y señala en mi memoria
la página más linda que hay escrita
en el libro doliente de mi historia.

AZIYADÉ

S. J. de Costa Rica, 1925.

El nuevo Ayacucho

(Concluye. Véase el número anterior)

Las nuevas generaciones

Si alguien pudo tildar de «veteranos de la anarquía» a los peruanos de 1820, no sería justo que se designase de igual modo los de ahora... Nuestra anarquía de hoy es más aparente que real e íntima, y sólo falta a las generaciones nuevas la evidencia de la nueva meta que se marca a nuestros destinos para que la armonía general y superior se imponga al discordante vocerío que producen las disputas menores. Ya lo observaba el joven maestro de *Por ignoradas rutas*, el más destacado de los discípulos de Próspero: «Las generaciones que llegan a la vida esperan ansiosas un resurgimiento. En su anárquico vocerío yo descubro una armonía íntima y una voz que no llegó nunca a mis oídos».

Y, en verdad, sólo una anomalía extraña, algo que acusaría la oculta acción de un hado fatal inexplicable podría privarnos a nosotros de los beneficios de una fuerza espiritual que hoy se agiganta en todos los ámbitos del Continente y es la más pura esperanza de nuestros pueblos. Si hasta ahora esta fuerza ha producido sólo entre nosotros manifestaciones esporádicas, éstas no han sido por eso, menos significativas y elocuentes; y la misma lentitud del proceso de formación de nuestros nuevos gérmenes está garantizando su hondura y el vigor de sus raigambres. Se engañan los escépticos, los pesimistas y quienes quieren permanecer tranquilos en el goce y usufructo de las posiciones adquiridas: las nuevas generaciones del Perú traen en potencia todas las energías de las juventudes del mundo. Los ideales de renovación cunden por modo maravilloso en todos los corazones e iluminan todas las mentes; y la inteligencia de los peruanos de hoy no sufrirá los desengaños y contrastes que sufrieron nuestros talentos de antaño, apocados y sumisos, víctimas fáciles, ya de las intrigas rastreras de nuestra fauna de politicastos y abogadillos, ya de las matonerías de los incultos soldadotes. En las nuevas generaciones de hombres inteligentes que ha producido el Perú hay elementos de valor insospechable, faltanos sólo la finalidad evidente, superior y concreta que traiga la virtud de superar las menudas diferencias.

Los peruanos de hoy hemos adquirido el sentido de los ideales civilizadores que en nuestra época enamoran a los corazones nobles; y pese a esas condiciones de nuestro temperamento tan bien observadas por Dora Mayer (1), no quedaremos rezagados en la marcha triunfal que ya tienen iniciada sus más avanzados propulsores. Sabemos que —como lo ha dicho con su clarividencia de siempre, Eugenio D'Ors— «nuestro siglo anda grávido de un mensaje del espí-

(1) «Los cerebros—dice en su notable estudio sobre *El sentimiento en los peruanos*—están empeñados en adaptar a las circunstancias positivas el ideal demasiado remoto, y se cansan en la lucha con los detalles que son la parte principal de la vida, la parte más difícil de la virtud y la parte más importante del trabajo».

En otro lugar agrega—y es bueno recogerlo aquí: «Aparte de los odios y afectos personales, no hay nada arraigado en el carácter peruano. Los mismos fanatismos religiosos y polí-

ritu, que no ha librado todavía»; sabemos que nuestro siglo tiene una misión que cumplir. Y aun sabemos más: sabemos que esa misión de nuestro siglo se cumplirá con nuestro esfuerzo.

Las lecciones que los peruanos hemos recibido, no ya sólo como sudamericanos, sino como peruanos particularmente, han sido demasiado duras para no resultar fecundas. Ya nuestro grande hombre de pensamiento, Bartolomé Herrera, advertía: «Veréis cuántos Aristides son sacrificados en el Perú», adivinando la suerte que la entronización de los mediocres y menguados parásitos de nuestras pseudo-democracias deparaba a nuestras reducidas y débiles élites dirigentes. Pero esas épocas de martirologio de los hombres superiores, a quienes los más torpes tiranuelos de aldea pudieron amordazar, sojuzgar o envilecer, han pasado, para siempre. Ya pasaron los tiempos en que, no sólo en el Perú, sino también en países de más nutrida tradición cultural como la Argentina, los politicastos podían hacer gemir a los hombres de genio, al punto que Sarmiento pudiera exclamar en los últimos años de su vida: «¡Después de cincuenta años de servir al país estoy obligado a pedir permiso a la policía para vivir!...» Las generaciones de hoy tienen más abiertos los ojos a las luces del pensamiento contemporáneo—que llega hasta ellas a pesar de todas las rutinas, servilismos y métodos retardatarios de nuestra educación y de nuestro periodismo—y no están dispuesta a tolerar por más tiempo que cohortes y chusmas de improvisados «hombres públicos» usurpen y vilipendien, con daño para todos, los puestos que ellas han de conquistar. Los jóvenes que hoy pensamos en el Perú sabemos muy bien quiénes son los culpables del vergonzoso atraso cultural e institucional que ha estado a punto de frustrar por completo nuestro desarrollo armónico. Sabemos cómo y por qué se han agostado miserablemente en nuestra tierra las más bellas flores de la inteligencia, medrando en cambio lujuriosamente una flora rastrera y parasitaria y ponzoñosa de charlatanes y farsantes. No ha llegado aun el momento de las severas calificaciones. Labor es esta que se nos impondrá muy pronto, pues se hace necesario abrir, entre la maleza de charlatanismo y de embustes bajo cuya opresión hemos vivido, la trocha que nos abrirá paso al porvenir.

En otras tierras

Por estas rutas—que ya no ignora ninguno de los nuestros—nos precedieron juventudes más afortunadas. Es edificante y bella la tradición cultural en la República Argentina, con sus Echeverrías, Estradas, Gutiérrez, Mármol, Varelas, López, Velez, Mitres, Alberdis y Sarmientos. El Uruguay, por si no bastase el autor de *Ariel*, ha producido hombres como Vaz Ferreyra, Zorrilla de San Martín y aquel Soca, que arengó a los jóvenes del primer Congreso de Estu-

uticos parecen meros simulacros comparados con los fenómenos análogos en Europa. Se conoce que en el país, todos los cultivos son recientes y no han llegado al grado de la integración con el organismo en que están implantados. Para los objetos del adelanto cívico son fatales estos principios inestables, estos propósitos deleznable como la arena, pero ellos forman el paraíso de la libertad en que la inteligencia vuela de flor en flor, como la mariposa sin nido y sin colmena».

diantes de América. En Cuba, la cultura civil tiene ese vigor pugnaz y juvenil que le confiere su cercana lucha emancipadora; tiene la magistral austeridad de un José Antonio Saco y la noble y abnegada y silenciosa labor de un José de la Luz y Caballero; tiene a Varona y tiene a Martí redivivo en cien discípulos!

Mas, para no seguir haciendo nominaciones que no pueden ser prolijas en un ensayo como éste, y dejando para otra ocasión las justas referencias que habría que hacer en loor de los grandes intelectuales de Colombia, séanos dado señalar a dos naciones que van a la vanguardia de nuestra marcha hacia una nueva victoria de Ayacucho.

México

Ya para nadie es nuevo lo que significa el verbo rotundo e imponente del pueblo de Anáhuac en el libérrimo y abierto parlamento de los nuevos ideales de América. México, la patria de Benito Juárez, el pueblo que con Servando de Teresa fué de los primeros en reconocer la trascendencia de la misión boliviana, ha dado el paso inicial y decisivo. México ha asumido—con una generación potente de hombres nuevos—la responsabilidad gloriosa de los ideales de hoy, condigno fruto de las semillas de Bolívar. La voz de Vasconcelos ha llenado de ecos, la vastedad del Continente en menos de una década. Ya le escucha, como escuchara un día al lírico Rubén, el Cazador del Norte. A la obra de los mexicanos débese que dos mujeres de las nuestras adquieran un valor continental: Elena Landázuri, la Jane Adams mejicana, y Gabriela Mistral, la ejemplar preceptora cristiana y poetisa egregia que ha producido la tierra donde vertiera su simiente generosa el generoso Bello.

A la actual generación de mexicanos se debe el renacimiento de la altivez y dignidad en la política hispano-americana. México le ha puesto veto al Dollar Imperial y corruptor; México le ha lanzado un no rotundo al poder de Inglaterra; México ha demostrado a los países todos de nuestra América que pueden hablar en tono magistral o imponente a las más grandes potencias de la tierra, y que han llegado los días en que «por nuestra raza hablará el Espíritu».

Entre otros, Frank Tannenbaum, un yanqui de los que nos quieren, lo acaba de reconocer diciendo: *"To know Mexico is almost a moral obligation"*.

Costa Rica

Y al lado de la heroica tierra mexicana marcha Costa Rica en esta jamás vista procesión de pueblos. «Hoy como antaño—dice uno de sus grandes *hombres actuales*—esta república de labriegos, antes que una comunidad política, es una Arcadia en que el noble ejercicio de la fraternidad tiene la fuerza de una ley biológica». A esta «república de labriegos» se la respeta por su cultura, y por la influencia que ya empiezan a ejercer en América algunos de sus publicistas; dejará sentir su acción en la gran cruzada hispano-americana a cuya aurora asistimos: «Ya aquí—escribe el señor Justo A. Facio—llegamos derechamente a la conclusión de que ha sido la cul-

tura quien nos ha deparado el sentimiento consciente y firme en que descansa esa viril actitud de nuestra soberanía; porque al número que abruma sólo la inteligencia se opone con éxito».

Costa Rica es, en efecto, una prueba más del hecho evidente de que nuestros pueblos están abandonando la condición de subalternos en que hasta principios de esta centuria vivieron, para entrar de lleno en el camino de una soberanía efectiva. «Los pueblos que hablan, en vez de pensar y de obrar—decía el notable crítico franco-argentino Paul Groussac—no son más que los parásitos de la civilización.» Nosotros hemos abandonado ya para siempre esa condición y hemos adquirido una clara conciencia de nuestros destinos.

Es precisamente un órgano de publicidad que se redacta en Costa Rica el mejor exponente de este estado avanzado de la cultura hispano-americana, que se traduce en la formación de una conciencia colectiva mucho más definida, firme y vigorosa que la del siglo XIX. Este órgano de publicidad no es otro que el REPERTORIO AMERICANO, «semanario de cultura hispánica» conforme reza el subtítulo; y su redactor y editor, un hombre a quien toda América—por este solo hecho—debe estar agradecida: Joaquín García Monge.

En las aparentemente modestas páginas de esta revista, como ya lo anotáramos en *Mercurio Peruano*, se recogen las palpitaciones impetuosas del gran corazón donde hoy afluyen los torrentes de sangre pura y generosa de una nueva raza. Como índice o registro del ritmo ascendente con que el pensamiento de la América española avanza hacia las grandes metas de la época, ni aun *La Nación* de Buenos Aires supera a la gran revista costarricense.

Ya Antonio Caso saludó el «prestigio de Costa Rica». Agreguemos a los votos del maestro mejicano el homenaje nuestro, y desde la tierra donde el vencedor de Ayacucho dijo a sus soldados:

Habéis dado la libertad a la América Meridional y una cuarta parte del mundo es el monumento de vuestra gloria,

elevemos el voto fervoroso que toda la juventud de América siente vivir y agitarse en sus entrañas:

La América española—al unirse para siempre en un nuevo y aún utópico Ayacucho—conjurará las injusticias y crímenes que hoy asolan al mundo.

No se diga que estos son sueños de un romanticismo político exaltado. Es la realidad misma que no quieren ver los eternos enemigos de las cosas grandes; los que, aferrados a mezquinos intereses del momento, han negado siempre la luz de las auroras. El audaz ensayo realizado por los mejicanos contra el viento y las mareas del imperialismo de los filibusteros de Yanquilandia, ha sido no sólo comprendido pronto por todas las inteligencias libres del Continente, sino previsto y anhelado por muchos. (1)

(1) El mismo autor de estas líneas escribía ya en febrero de 1914: «Permítasenos adelantar por ahora la observación de que la América Española está llamada a desempeñar un papel importantísimo en la civilización, cosa generalmente aceptada,

La obra del México moderno es digna de la generosidad del alma hispano-americana. Algunas de las proclamas del Presidente Obregón—recia y viril figura en la que se concentran las energías nuevas de aquel pueblo heroico—no desmerecen mucho al lado de las de nuestro Héroe Epónimo.

Por eso, salvo los hombres que se hallan ligados a los poderes arbitrarios y sin trascendencia de las horas que pasan, todos los seres pensantes han saludado en la entronización del nuevo régimen mejicano la señal inequívoca del advenimiento de una nueva era que marcará en la historia un cambio más radical que el obtenido con la victoria de Ayacucho.

EDWIN ELMORE

Lima y 1924.

La hora que pasa

El pozo seco

En las inmediaciones de la ciudad hay un pozo muerto, sediento de agua fresca que secó el último verano. En su fondo recubierto de un fino musgo amarillento, revientan como dedos descarnados las raíces de un viejo pino retorcido que crece sobre sus orillas. En los atardeceres alegres la postrera lumbre ponentina se enreda en su copa como un airón de fuego y su sombra, al alargarse, cae sobre aquel hueco doliente como un manto misericordioso de olvido. Los pájaros que antes bajaban del árbol a aplacar la sed en sus linfas, han huído de estos contornos; las muchachas rozagantes de la barriada cercana ya no llenan sus cántaros de barro con el agua fresca, y el viento cargado de aromas fragantes ya no refresca las alas impalpables en su regazo. Ahora, las brisas vernaes pasan de largo sobre su desolación entonando un fúnebre laude doloroso. Las hojas secas que abarquilla el fuego solar van cayendo en su seno con un ruido sordo de algo que se quiebra, de lo que muere irremediamente. Se siente una honda pena, una angustia secreta al con-

y que ese papel será en absoluto de carácter original, radical en el sentido del progreso, e independiente, aun contrario a toda influencia europea o norteamericana en lo relativo a los ideales políticos, es decir: la América española será el campo de aplicación de los más avanzados principios del pensamiento mundial, de aquellos principios que, justamente por su excel-situd, son hoy inaceptables en los países en donde surgen; emigrará la simiente y fructificará allí donde encuentre suelo que por su libertad y su riqueza le sea propicio». (*La Unión*, febrero, 10.)

Y por si algo faltara para evidenciar el poder adquirido por las nuevas aspiraciones de los pueblos, ahí está la creación de un partido progresista en los Estados Unidos, partido llamado a desenmascarar a los fariseos del partido Republicano y del partido Demócrata, que son al *progresivismo* lo que los brazos de un paralítico son a su inteligencia tanto más vivaz cuanto más atormentada.

En cuanto a la eficacia de la acción de los intelectuales, tema principal de nuestro ensayo, queremos recordar aquí la frase de Lord Curzon, que tiene una doble significación por provenir de un conservador y de uno de los políticos de más destacada figuración en la Liga de las Naciones: «La solidaridad mundial de los intelectuales es mucho más duradera y más provechosa para los hombres que los acuerdos internacionales librados entre políticos». (Citado por Justo A. Facio. *V. Repertorio Americano*, setiembre 22 de 1924.)

templar este hueco triste que perdió su alma, porque el agua es el alma de los pozos. Y ante la aflicción de esta cavidad sedienta, pensamos que también en la vida el alma se reseca cuando queda huérfana del agua, del agua lustral del amor.

El recreo

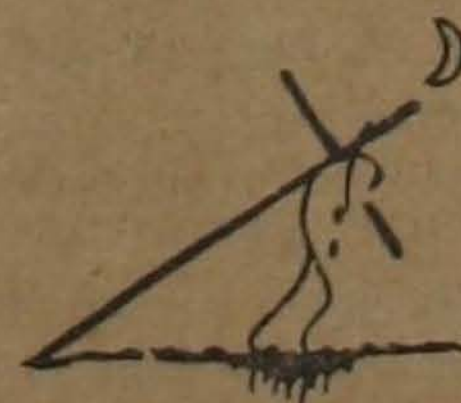
Los diversos grados han salido de las aulas como alegres pájaros escapados de una prisión. Las pequeñas almas mordidas por el cansancio de las tareas, se han desparramado por el ancho patio encuadrado por amplios corredores. Saltos, risas claras como alegres cascabeles, sano griterío invaden el severo edificio de la escuela. Grupos de niñas bailan en rueda, otras saltan sobre una cuerda flexible, algunas narran el último cuento aprendido de la abuela. Directora y maestras pasan vigilantes por los corredores, mientras se cuentan las unas a las otras el último chisme de la vecindad, o la intriga rastrera fraguada en perjuicio de la compañera que ignora el golpe que ha de parar o que irá a perjudicarla hondamente. Como en toda agrupación, esta del magisterio está empedrada de las injusticias de la que muestra el camino, de las subalternas que a su vez esgrimen malignamente el enredo. Es un pequeño mundo donde hierve la mala pasión que mañana habrá de dar su cosecha amarga en el corazón de las niñas.

De la cocina escolar sale ahora un grupo de alumnas que han comprado algunos céntimos de confituras y sorbetes. La portera de la escuela ha empezado la venta de la sabrosa golosina que enloquece a las niñas, haciéndole corro atropelladas. Las chiquillas pobres que carecen de dinero, se retraen del montón hacia un ángulo del patio, y miran con ojos de envidia a las compañeras felices que satisfacen sus deseos. De entre ellas se destaca una humilde niña descalza, que en cuclillas en un rincón y con el rostro entre las manos gime desoladamente por no haber podido comprar un sorbete. Su maestra de grado que advierte la escena, la levanta de un brazo bruscamente y la empuja hacia el grupo de las compañeras. La niña entonces rompe a llorar con honda pena, y corta esta menuda tragedia el golpe de la campana que termina el recreo.

Tal vez mañana, pobre alma candorosa, punzada duramente por las injustas desigualdades del mundo, que no supo suavizar a tiempo con una caricia tu maestra de corazón endurecido, irás a engrosar el humano rebaño de mujeres caídas, torturada tu entraña que era buena por la tenebrosa tristeza del bien ajeno.

BLANCA MILANÉS

San José, Costa Rica,
noviembre de 1924.



España y América

La espada del samuray, que acaba de asomarse a los escaparates de las librerías, da actualidad hoy a la figura de Blanco-Fombona, sin que sea menester ningún otro episodio. Declarándome ajeno, desde luego, a todo propósito de crítica literaria, que ni me incumbe ni me agrada, prefiero hablar de la personalidad del autor. Quizá sea difícil separar en esto la pulpa de la cáscara; así como al hablar del estilo ocurre que se habla de cosas tan personales y humanas como la educación, la instrucción, la complejidad y hasta la salud física. Para hombres como Blanco-Fombona, las letras en sí mismas no son nada si no responden a una voz con timbre propio y con cálido acento personal. Prosa o verso, todo cuanto salió de su pluma ha ido marcándolo con el sello—grabado a fuego—de su vigorosa personalidad.

Conocí a Blanco-Fombona en París hace veinte años. Es necesario que pase más tiempo todavía para que vuelva a ver con precisión aquella rinconada del «bar» Kalisaya, donde solía yo acudir en busca del «divino Rubén». Todo, aparte de la cabeza de ídolo del gran poeta, flota para mí envuelto en una bruma de recuerdos imprecisos que, si es cierta la psicología de las viejas memorias, más adelante se despejará. Pero de aquella confusión — Carrillo, con los mosqueteros de Laberdesque, la última carta de Max Regis, el argelino; duelos escenográficos en las mañanas del Bois, y batallas campales en las noches de estreno, literatura, artificio, vanidad,—surgen, más de una vez, la voz vibrante y el ceño de Blanco-Fombona, exaltados por un noble impulso cordial. En su juventud, Blanco-Fombona tenía la indignación fácil; pero no era nunca el vano alarde ni la estudiada composición emotiva del boulevard. Respetaban en él la sinceridad y el generoso corazón. A Blanco-Fombona le sobraba mucho temperamento para ser en París un hombre de letras.

¡Veinte años! Muchos... o pocos; según estemos dispuestos a dejarnos herir por la injuria del tiempo. El gran escritor americano conserva todavía el mismo ardor en defensa de las causas justas, y es capaz de la misma exaltación de sentimientos. El caudal de ciencia que va dejándonos al pasar cada día, maduró su pensamiento, dándole una ponderación que en otros se traduce en cautela, pero que en él se ha convertido en fuerza. Y como es imposible variar de temperamento—y aunque fuera posible él no querría,—el desencanto ante el ideal inaccesible, que en escritores de otro tipo llega a una fórmula de irónica serenidad, en Blanco-Fombona rebosa y se expresa en sarcasmos. Esa nota agria, intensa, de vibración penetrante y rápida, no la tiene hoy nadie en las letras castellanas como el autor de *El hombre de hierro*.

¡No os engañe el resplandor fantasmagórico que arranca el sol de Oriente al acero desnudo del samuray! Para templar esta espada, de apariencia irreal, no quiso Blanco-Fombona sumergirla en las aguas de ningún río, ni siquiera en la arena del Tajo, sino que dejó destilar unas gotas amargas de hiel.

Conviene, sí, reunir todas las experiencias en este gran concurso de civilizaciones nuevas y de historias que van formando el conjunto de patrias de lengua

española. Conviene saber de qué manera pueden juntarse dentro del cerebro de un hombre toda la cultura de una época con los más moderados anhelos de bienestar, independencia y paz; y al mismo tiempo agitarse en sus entrañas pasiones ancestrales, provocadas por la injusticia de terribles e inverosímiles supervivencias. Conviene que, a través del planeta, sepamos de cuántas maneras distintas puede ser un hombre que aprende desde la cuna a hablar en español.

Por su parte, Blanco-Fombona ha sabido desde el primer día, con altiva y severa dignidad, no mostrar la herida abierta en su pecho venezolano. Venezuela ayer, como hoy Chile, tuvieron un momento en que pareció posible tender desde España la mano amiga y el cable salvador. Era, ante todo, el ejemplo de Europa, de su orden y de su libertad, lo que podíamos mandar allá, con nuestras leyes sabias y nuestro idioma común. Pero hoy no podremos volvernos de la misma manera hacia Chile; y el mensaje que lleven nuestros compañeros en letras a las fiestas del centenario debería ser escrito por la pluma que trazó las fuertes páginas de *El hombre de hierro*.

LUIS BELLO

(*El Sol*, Madrid)

Alejamiento

Te alejaste en la barca del olvido
quietamente, sin hacer ruido...
Y al decirte adiós, altiva y desdeñosa,
mi alma se deshojó como una rosa.

En las velas blancas de tu nave
—cual las alas de gigantesca ave—
que volaran a ignota región,
dibujóse la palabra: separación.

La barca perfilóse vagamente
a la distancia y en mi frente
sopló la bruma fría
de la tarde, que lenta moría.

En la soledad de aquel anochecer,
comprendí que no habrías de volver.
Hubo una oscuridad en mi existencia
y nada dije, no lloré tu ausencia....

CLARA DIANA

S. J. de Costa Rica, 1924.

UNA CENTURIA LITERARIA

(Prosas y prosistas uruguayos)

1800-1900

Por Hugo D. Barbajelata. París, 1924

Tenemos encargo de vender algunos ejemplares de esta magnífica antología. Precio del ejemplar ₡ 7.00.

Aproveche la ocasión y hoy mismo solicite el suyo al Sr. Admor. del «Repertorio Americano».

Lector: Si quiere usted proteger eficazmente al *Repertorio Americano*, suscríbase! Las cuatro entregas mensuales: ₡ 2.00.

Cuando estés triste piensa:

La llama de mi amor
vencerá mi dolor.
Esta misma tristeza
signo es de mi grandeza!
El dardo es pasajero,
mi Dios es el arquero!
Posible es realizar
cuanto se llega a amar.
¿Limitaré mi vida,
la daré por perdida?
¿Es una ley fatal
que mi alma sea inmortal?
¡También este dolor
esclavo es del Señor!

El Señor que a tu lado, te espera con ternura
«pues no quiere ver triste a ninguna criatura!»
Cuando estés triste piensa
que el Señor te rodea con su ternura inmensa!

Heredia, 1923.

La ventana

El sol se tiende dorado,
por la calle silenciosa;
canta el canario enjaulado
que cuida la Niña Rosa.

Sobre el tapial, extasiado,
se asoma un ciprés; calmosa
en la ventana, el bordado
concluye la Niña Rosa.

¡Oh la ventana aburrida,
donde ha pasado una vida
entre bordado y encaje!

¡Oh la buena Niña Rosa,
que tarde a tarde se goza
mirando el mismo paisaje!

CARLOS LUIS SÁENZ

Heredia, 1923.

REPERTORIO AMERICANO

SEMÁNARIO de cultura hispánica.

De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación,
Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCÍA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMÍA DE LA REVISTA

La entrega	¢ 0.50
El tomo (24 entregás)	12.00
El tomo (para el exterior)	\$ 3.50 oro am.
La página mensual de avisos (4 inserciones)	20.00 " "

En el contrato semestral de avisos se da un 5 % de descuento.
En el anual, un 10 %.

Salón de Otoño de París

El escultor Zorrilla San Martín

ME acuerdo de la mañana luminosa de Montevideo, ardida en sol de verano y en ultramar, surcada por vuelos de gaviotas y por lenguas de brisa, álgidas como filos de espada, en que el venerable poeta Zorrilla San Martín me llevó al estudio de su hijo, escultor. La hora fué muy grata.

Encontrábanse allí los bocetos y fotografías de preparación para no sé qué monumento oficial. El proyecto, premiado en un gran concurso, parecía, a la verdad, anodino. Y por anodino, censurable. Más aún que a poetas, es a escultores negado el derecho a la mediocridad por «hombres dioses y columnas». Ya se sabe que, para la estatua, no hay término medio: o es un ídolo o un *bibelot*.

Pero con las fotografías y bocetos se encontraba el autor. El autor se excusaba y hablaba. De ideales, de obras por realizar, hablaba. De arte serio, y de Miguel Ángel, y de Bourdelle... En aquella conversación se abría un crédito al joven artista. El cual apercibíase, por otra parte, a unos años de residencia y de estudio en Europa.

Tres van transcurridos. Ahora, el crédito se acaba de saldar. En el actual Salón de Otoño de París se lleva, por su potencia aplomada, los más difíciles sufragios el envío del segundo Zorrilla San Martín.

Escalas en lo barroco

El nuestro se lo llevará, más todavía que por obra de empuje, por lúcido documento sobre la evolución de la sensibilidad contemporánea. ¿Qué nos recuerda este monumento colosal? Nos recuerda las mejores fuentes de las mejores plazas de Roma. Tiene la pompa de aquéllas y su sabor. Corriera el agua, que tendría también su ruido.

¡Fuentes de Roma, es decir, barroquismo del Setecientos! Tras de ello se escapan hoy nuestros amores, precedidos por nuestras tentaciones, precedidas por nuestra curiosidad... Zorrilla San Martín no se ha equivocado. Algo liga el precio de su esfuerzo con nuestro gusto por las comedias de magia de Gozzi o por los pequeños muebles de laca bermeja.

En presencia de su éxito, una voz muy sutil, pero muy imperiosa, parece advertirnos que «es por ahí»—mejor, un vientecillo que insinúa aciertos o salva de malos pasos, como a Sócrates su «demonio familiar...». Por ahí, por el barroco del Setecientos, debemos acaso pasar, *en ciertos capítulos del arte*, antes de volver a encontrar el secreto de la simplicidad antigua. Por lo neo-clásico, para dar con lo clásico. Por lo que significa Pope, a fin de llegar a lo que significa Homero.

Pretender que todos los navíos lleguen a Grecia sin escalas, expuesto es a naufragios. Testigo, el mismo Bourdelle, ahogado hoy entre pedanterías micénicas.

Sonrisa, de paso, a Montevideo.

Mejor que nadie, un americano del Sur hará bien, si se dirige a Atenas, en permitirse una pequeña escala en Nápoles...

Montevideo, sin embargo, tiene ya cierto parecido con Atenas. Lo he dicho alguna vez; no hay probablemente en el mundo moderno ciudad que en su vivir se le parezca más. Aquí está la democracia ardiente; aquí, la política en la calle; aquí, la popularidad de poetas y oradores. Y el experimentalismo social. Y el gusto por las artes plásticas. Y el tamaño, sobre todo... (Nunca el elemento «tamaño» será demasiado tenido en cuenta por la crítica).

Déjese, paseando por un Salón de París, y pensando en las dificultades del camino hacia Atenas, dirigir, de paso, una sonrisa, al recuerdo de Montevideo.

EUGENIO D'ORS

(De A. B. C., Madrid).

“Pegaso”

Montevideo-Uruguay

Es la mejor revista nacional de letras que se publica en el Uruguay.

San Salvador 2309

Montevideo

¿Desea Ud. hacerse un vestido elegante y económico para las fiestas?

Pase a LA COLOMBIANA y escoja su corte y le saldrá por la mitad de su valor

FRANCISCO GÓMEZ Z.

Calle del Tranvía. — Frente a la tienda Kepfer.

Un estante de obras escogidas

En la Administración del “Repertorio Americano” se venden las siguientes:

Hugo de Barbagelata: <i>Una centuria literaria</i> (Antología de poetas y prosistas uruguayos).	7.00
Kahlil Gibrán: <i>El loco</i>	1.00
Paul Gerdard: <i>Tú y yo</i>	1.00
Homero: <i>Ilíada</i> (2 tms., pasta).	6.00
Tolstoi: <i>Los Evangelios</i> (1 tom., pasta).	3.00
Dante: <i>La Divina Comedia</i> (1 tom., pasta).	3.00
Plutarco: <i>Vidas Paralelas</i> (2 tms., pasta).	6.00
Platón: <i>Diálogos</i> (3 tms., pasta).	9.00
Fray Luis de León: <i>Poesías originales</i>	1.25
B. Contreras: <i>Antología de poetas italianos</i>	0.75
Eurípides: <i>Tragedias</i> (1 tom., pasta).	3.00
Tagore: <i>Jardinería de amor</i>	2.25
Bolívar: <i>Discurso en el Congreso de Angostura</i>	1.50
Homero: <i>Odisea</i> (1 tomo pasta).	3.00
Diego Carbonell: <i>Reflexiones históricas</i>	3.00
R. Heliodoro Valle: <i>Ánfora sedienta</i>	3.00
Ml. Magallanes Moure: <i>Florilegio</i>	2.00
Isaías Gamboa: <i>Flores de otoño y otros poemas</i>	2.25
Luis Carlos López: <i>Por el atajo!</i>	4.00

Doctor CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Dr. ALEJANDRO MONTERO S.

MEDICO CIRUJANO

TELÉFONO 899 — Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.

Despacho: 50 varas al Norte del Banco Internacional.

Pase a ver el gran surtido de

CASIMIRES INGLESES

de último estilo que acaba de recibir y vende a precios módicos

la

SASTRERIA AMERICANA

de

JUAN PIEDRA Y HERMANO

Frente al Hotel Francés

LOS TRABAJOS DE ESTA SASTRERIA SON GARANTIZADOS

LARGA PRÁCTICA EN NUEVA YORK

LADIES AND GENTLEMEN TAILOR

English spoken

Quien habla de la **Cervecería TRAUBE** se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica.

Su larga experiencia la coloca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVEZERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESENTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS	Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.
Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.	SIROPE
REFRESCOS	Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.
Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Ginger-Ale,	

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA